

mientos suyos a la hora de su muerte, porque el alma española esta profundamente cambiada y corre por derroteros equivocados.

Tampoco queremos volver a unir lo profano y lo divino. Hoy se pretende relegar a Dios al fondo de las conciencias, a la interioridad de cada uno, pero no para que desde allí gule e ilumine sino para que no se le vea, para que quede relegado exclusivamente a la vida privada de cada uno, para que no se violenten las conciencias de los demás ni se manifieste externamente nada, ya que cada uno tiene derecho a persistir en el error, éste y la verdad tienen ya el mismo rango, toda verdad es relativa, depende en último caso de la mayoría; se dice que el progreso, ese concepto usado tan equivocadamente en nuestros tiempos, ha dejado atrás a Dios y que éste ya no es necesario a un hombre tan civilizado y tan tecnificado como el de nuestra época.

Pero estas ideas han producido nuestra ruina y nuestra postergación como pueblo.

Pero, además, ¿qué progreso estamos ganando? El del error en las ideas, el desorden en las costumbres, horribles crímenes contra los hombres, falta de ética por doquier, de respeto a la autoridad y a los mayores, de dignidad, en definitiva, el de ser cada vez menos hombres. El de que casi nadie sepa ya hoy cumplir con su deber para con Dios y para con los demás hombres.

Volvamos nuestra mirada a San Fernando, reflexionemos sobre su vida y su ejemplo, interpretemos su mensaje a nuestras necesidades de hoy, que me parece que tiene una fácil adaptación, y él nos proporcionará y nos iluminará el camino a seguir por Dios y por España.

DISCURSO DE ARMANDO MARCHANTE GIL

Señoras, señores, estimados amigos de «Ciudad Católica»:

Celebramos hoy la conmemoración de nuestro Santo Patrono Fernando III de Castilla que, junto con la Reunión Anual de los Amigos de la Ciudad Católica, constituyen los dos hitos que colocamos a lo largo del año para situar nuestra tarea, hacer balance y marcar nuevos metas que permitan proseguir nuestro esfuerzo en la misma dirección: promover el reinado de Cristo a través de la presentación a la sociedad del mensaje contenido en la enseñanza social de la Iglesia.

Comprenderéis fácilmente las dificultades que tengo para dirigirme a vosotros después de quienes en años anteriores, y en este mismo, han hecho uso de la palabra en tan señalada ocasión, pero el hábito de la disciplina puede en mí más que el conocimiento de mis propias limitaciones. Carguen, pues, los organizadores con la responsabilidad de mi seguro desacierto.

Por otra parte, soy persona poco propicia a la nostalgia como tal vez correspondiese a mi edad y, por lo tanto, no voy a recordar demasiado la experiencia acumulada desde hace treinta años, ya que tuve la fortuna de estar presente en la primera reunión de la Ciudad Católica que tuvo lugar en el monasterio de El Paular. Si quiero subrayar especialmente que si entonces contábamos con el magisterio de Eugenio Vegas y de tantos de sus acompañantes, que lamentablemente ya no están con nosotros, hoy tenemos la inmensa satisfacción de saber que de aquella semilla muchos granos cayeron en tierra fértilísima y que, gracias a Dios, ahora

contamos con los que yo me atrevería a llamar jóvenes maestros —algunos ya no tan jóvenes— que son garantía segura de la continuidad de la labor de la Ciudad Católica. Y no sólo de la continuidad repetitiva sino de su permanente mejora y adecuación a la realidad de hoy. Basta repasar las páginas de Verbo para comprobar que esta nueva generación de excelentes tratadistas no desmerece de aquellos ni en ciencia, ni en trabajo ni en dedicación al estudio y propuestas de soluciones —siempre a la luz de la renovada y permanente doctrina pontificia— para los nuevos problemas con que nos enfrentamos en 1993; algunos derivados e hijos de los existentes al comenzar nuestra andadura y otros completamente nuevos. Estoy seguro de que todos nos congratulamos de ello. Albricias, pues.

Conmemoramos hoy a San Fernando cuya invocación jamás olvidamos en nuestra tarea a lo largo del año. Después de tantas veces como hemos recordado al Santo en su festividad y en este acto repetido anualmente, creo que caben todavía unas reflexiones sobre su figura. Se ha hablado de sus virtudes cristianas y de su actuación como guerrero y como gobernante. Las primeras le llevaron a la Gloria de Dios y con ello no hay más que decir puesto que «al final de la jornada/aquel que se salva, sabe/y el que no, no sabe nada»; las segundas le convirtieron en uno de los principales artífices de la empresa reconquistadora que dos siglos más tarde daría lugar al nacimiento de España como primer Estado moderno, factor decisivo en la evangelización del continente americano e incluso de más allá.

Pero son sus virtudes como gobernante las que más nos deben importar hoy y constituir nuestro punto de reflexión más profundo, ya que padecemos hoy, entre tantas carencias de nuestra sociedad, una gravísima: la casi absoluta falta de gobernantes cristianos. Estoy seguro de que esa deficiencia es la más preocupante ya que, sin gobernantes cristianos, no hay comunidad política que progrese, no hay sociedad civil donde se pueda encontrar siquiera un atisbo de preocupación por el bien común entendido en el sentido que le da la Iglesia. Y eso es gravísimo, eso es la peste de un cuerpo social, eso pesa como una losa sobre la vida de la comunidad y hace cada vez más difícil la convivencia y más abundante el sectarismo. Todo lo emponzoña y todo lo corrompe.

Conste que no se trata de imponer nada a nadie; se trata, simplemente, de dar ejemplo, de mostrar un ideal que puede ser alcanzado y, sobre todo, de obedecer a unas leyes morales grabadas por Dios en la conciencia de los hombres que no admiten. —como estamos comprobando cada día— sustitución por ninguna otra ética ni por ninguna otra moral; en España mucho menos que en cualquier otra parte. Se trata de una constatación que hacemos permanentemente en la vida española. Hacen falta gobernantes cristianos para salir de la sima en que está España.

Hay una moral política y social derivada del Evangelio y hecha enseñanza explícita por el magisterio de la Iglesia. Ella ha sido desde el mismo origen de la Ciudad Católica nuestra permanente referencia y el objeto continuado de nuestro interés y de nuestro trabajo, convencidos como estamos de que, según la frase de San Pío X que nos sirve de lema, «... no se edificará la ciudad de un modo distinto a como Dios la ha edificado...». Algunos piensan que se trata de bellas palabras en contraste con la realidad del mundo en que vivimos. Pero precisamente este mismo mundo aporta cotidianamente la mejor prueba de que, cuando el ejercicio de la autoridad se hace sin reconocer su fundamentación en la voluntad divina, la catástrofe de una sociedad regida de tal modo es inevi-

table. La caída de los regímenes marxistas, a la que Dios nos ha concedido la gracia de asistir, es la más contundente prueba de que cuanto más se aparta de El la actividad política, peores males sobrevienen sobre los pueblos que así son gobernados. Lección esta que no debiera haber caído en saco roto.

Hacen falta, pues, gobernantes católicos; hombres de acción, hombres que actúen en política en perfecta sintonía con la doctrina y la moral católicas, atentos a la enseñanza perenne de la Iglesia, fieles servidores del bien común entendido como los entendemos los católicos. Ahora bien, tales hombres no surgirán si el resto de los católicos ponemos la luz bajo el celestín y no en alto; si no estudiamos, difundimos y proponemos la buena doctrina, pues para que haya acción tiene que haber antes pensamiento si no queremos, según se ha dicho, caer en la pura barbarie. Poner la luz de la enseñanza social y política de la Iglesia en alto: he aquí nuestra responsabilidad y nuestro papel.

Mirad, no voy ahora a lanzar un mensaje de autosatisfacción por la labor realizada, pero sería injusto y falso no reconocer que, gracias a muchos esfuerzos, entre ellos el nuestro, se ha doblado ya el cabo de las tormentas postconciliares, cuando toda novedad por nociva que fuese cautivaba a los espíritus débiles, toda tradición era combatida y toda ratificación en la fe era mal vista. La Iglesia universal y, tal vez con retraso, la española vuelve a tener confianza en sí misma y se dispone a entrar en el tercer milenio con renovado espíritu apostólico ¿Quién puede decir que hemos perdido el tiempo? ¿Quién puede afirmar que nuestro trabajo no ha servido para nada? Creo sinceramente que alguna parte en este restablecimiento tenemos, aunque sólo sea el haber evitado males mayores que los entonces producidos. Y, aunque así no fuera, el éxito o el fracaso los mide Dios y no los hombres. Recordaba al año pasado en este mismo acto, Luis Lavaur, cómo San Fernando había tenido éxito en todas sus empresas y cómo, por el contrario, San Luis había fracasado en todas. Ambos atinaron en lo importante que es gozar de la gloria de Dios, como antes he recordado.

Prosigamos, pues, nuestro esfuerzo y nuestra tarea con fe, con esperanza y, sobre todo, con caridad. Con caridad hacia una sociedad española desorientada, vacía en muchos aspectos y en muchos de sus componentes, y obnubilada en muchísimos sectores por los becerras a cuya adoración se nos invita permanentemente desde tantas instancias públicas y privadas. Sembremos la buena doctrina a sabiendas de que, como en la parábola evangélica, poca fructificará pero conociendo también que esa poca dará el ciento por uno. Busquemos también, ¡cómo no!, la mayor eficacia posible. Insistamos una y otra vez, empleemos nuevos medios, cooperemos con quienes trabajan en el mismo campo, aunemos voluntades, amplíemos relaciones con gentes de buena voluntad y, en definitiva, sembremos del mejor modo la mayor cantidad de semilla posible.

La circunstancia es más positiva de lo que parece. Los frutos de la ignorancia por amplias capas de la sociedad española —incluidos algunos de quienes tienen la grave responsabilidad de gobernar— de la doctrina y la moral católicas están a la vista, mientras cunde el desaliento, el vacío, el pesimismo y el hastío en la sociedad. ¿No es esta una buena ocasión para nosotros?

Y, en tanto que trabajamos, pidamos la ayuda divina a través de nuestro Santo Patrón el rey Fernando. Lo demás vendrá por añadidura. Muchas gracias.